

añil (1), aunque el modo de prepararla entonces se diferenciaba mucho del moderno. Ponian las hojas de la planta una á una, en vasijas de agua caliente, ó mas bien tibia, y despues de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar, hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco á poco. Este sedimento se secaba al sol, y despues se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenian los Mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servian de la semilla del achiote, que los franceses llaman *rocou*, cocida en agua; para el morado y el púrpura, de la cochinilla. El amarillo se hacia con *tecozahuill*, ó sea ocre, y con el *xochipalli*, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de la misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servian del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Despues de haber macerado y desleido en agua la tierra aluminosa llamada *tlaxocoll*, la cocian al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilacion el alumbre puro, blanco y diáfano, y ántes de que se endureciese de un todo, lo hacian pedazos para

(1) La descripcion de la planta del añil se halla en muchos autores, y especialmente en la obra del Dr. Hernandez, la cual es enteramente diversa de la que da Raynal en su *Historia filosófica y política*. Este asegura que aquella planta fué trasportada de la India Oriental al Nuevo-Mundo, y que habiéndose experimentado en muchos paises, se estableció su cultura en la Carolina, en Santo Domingo y en México. Mas! en esto se engañó aquel filósofo, como en otras muchas cosas. Consta por el testimonio de D. Fernando Colon, en el capítulo LXI, de la vida de su famoso padre Cristóval Colon, que una de las plantas, propias de la isla Española, era el añil. Sabemos tambien por los historiadores de México, y particularmente por el Dr. Hernandez, que los antiguos Mexicanos sabian hacer uso de aquel precioso vegetal. De todos los escritores sobre cosas de América, que he habido á las manos, no he hallado uno solo que pueda servir de apoyo á la opinion de Raynal.

venderlo mas cómodamente en el mercado. Para dar mas consistencia á los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del *tzauhtli* (1), ó con el escelente aceite de chia (2).

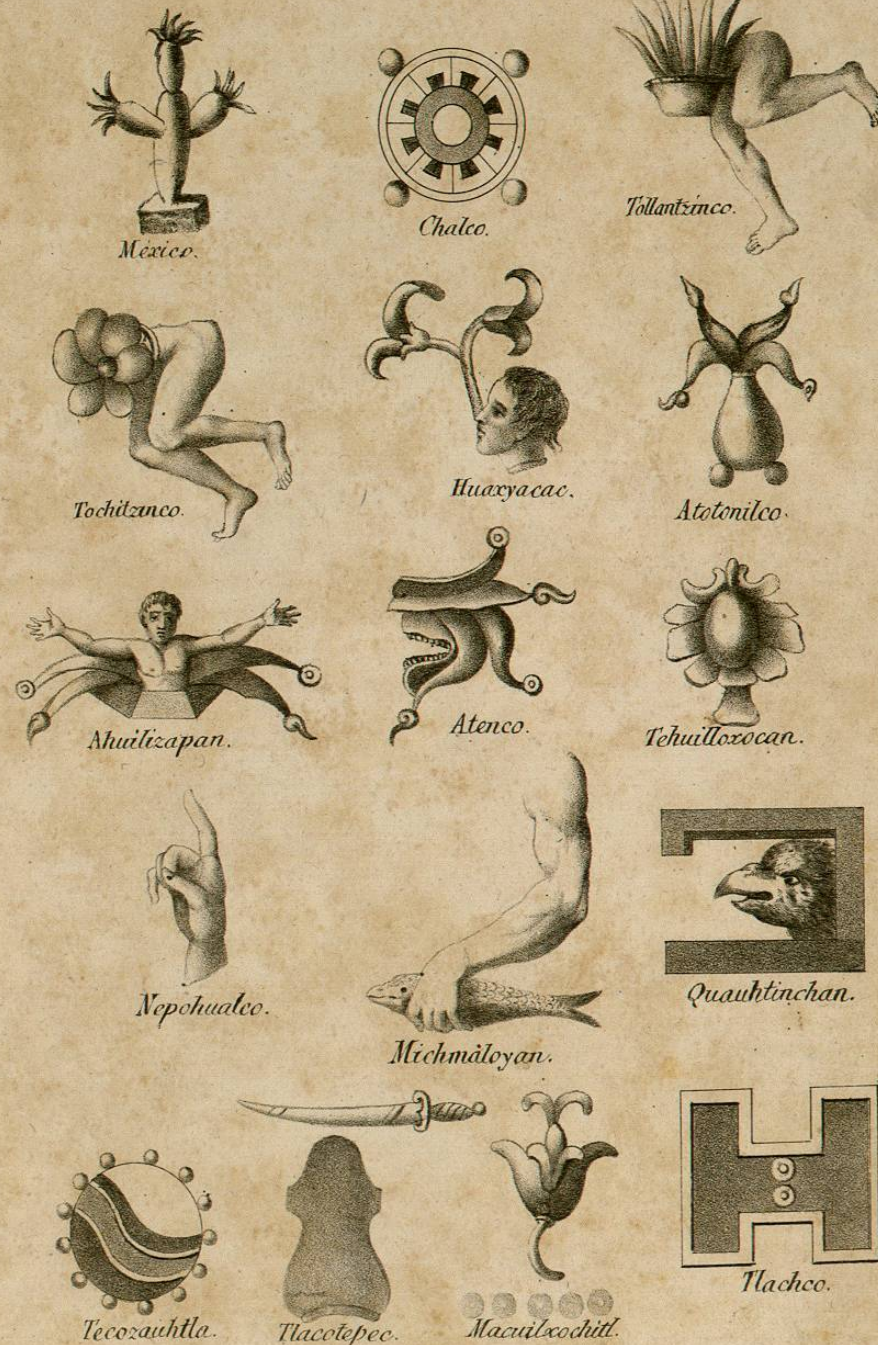
CARACTER GENERAL DE LA PINTURA, Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, rios, edificios, plantas, animales, y sobre todo, las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo comun, desproporcionadas y disformes: lo que, segun me parece, debe atribuirse, no tanto á su ignorancia de las reglas de proporcion, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se deban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles; así que, pensando tan solo en representar los objetos, no cuidaban de la perfeccion de la imágen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, ademas de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfeccion del dibujo, y de la inteligencia del claro oscuro.

Servíanse, no solo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de geroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras; aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes; pues así como nosotros no podemos entender lo escrito sin

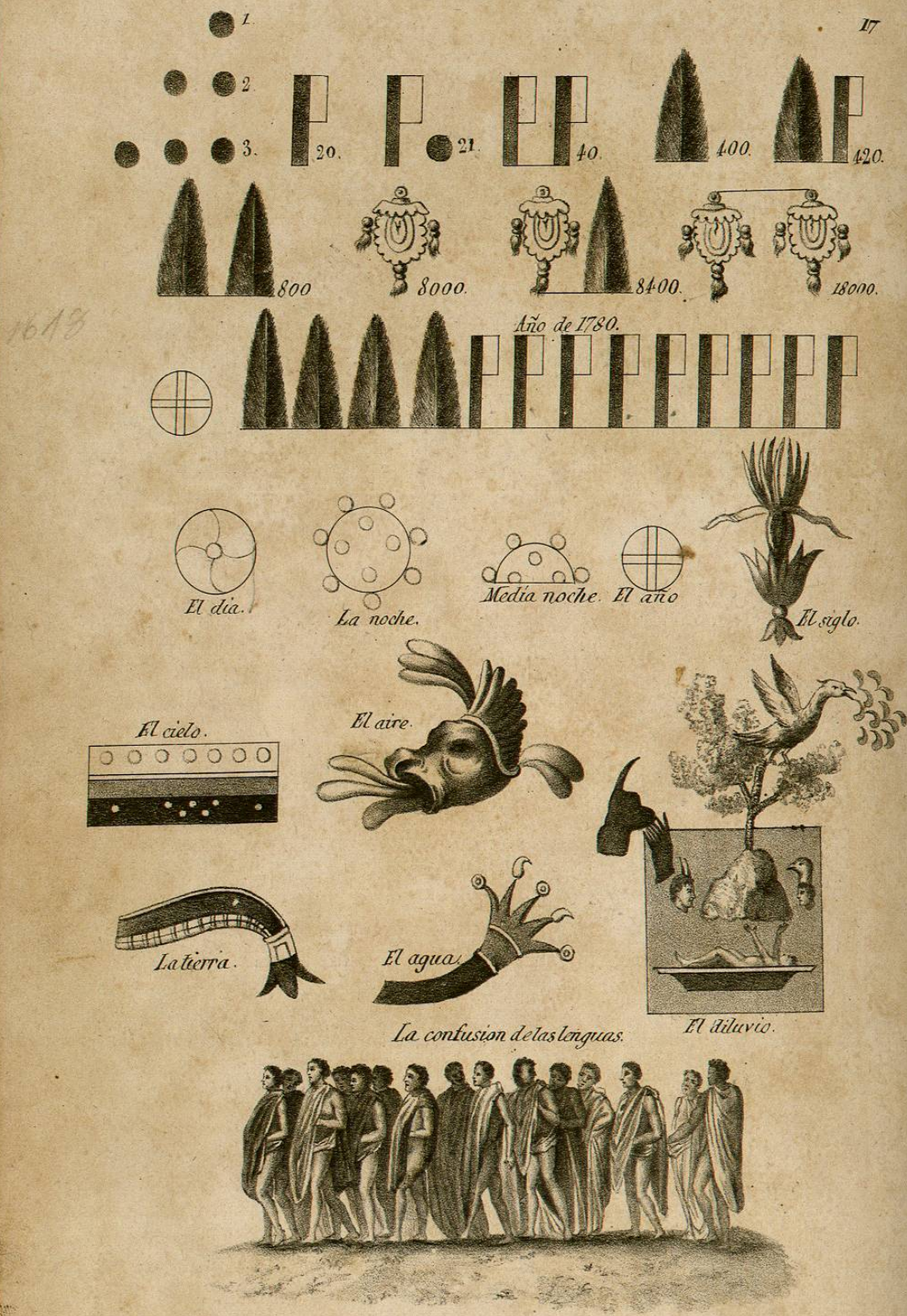
(1) El *tzauhtli* es una planta bastante comun en aquel pais. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, la raiz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo, la hacian pedazos, y la secaban al sol.

(2) Creyendo yo hacer un gran servicio á los pintores italianos, cultivé con sumo esmero tres plantas de chia, de semilla que me habian enviado de México. Prosperaron, y tuve el gusto de verlas cargadas de flores en setiembre de 1777; pero vinieron temprano los yelos aquel año, y se perdieron las plantas.



FIGURAS DE CIUDADES.





CARACTÉRES NUMÉRICOS Y FIGURAS SIMBÓLICAS.

aprender ántes á leer, así aquellos americanos debian instruirse ántes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitacion seria muy difícil, se valian de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados á formar palabras, como nuestras letras, sino reales, ó significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos. A fin de que mis lectores puedan formar idea de este sistema, les presento en una estampa los caracteres numerales de los Mexicanos, y las imágenes que usaban para indicar el tiempo, el cielo, la tierra, el agua y el aire.

Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse, que ponian tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos. El signo de cuatrocientos se repetia hasta veinte veces, ú ocho mil, y este se repetia tambien. Con estos cuatro caracteres y los puntos, espresaban todas las cantidades, á lo ménos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana, y sobre ella una figura que espresaba la significacion de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes mexicanos. Para espresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadros, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referian, no podian caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podia empezar por el ángulo que

se le antojase; pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior á mano derecha, continuaba hácia la izquierda: si empezaba, como era mas comun, por el ángulo superior de la izquierda, seguia perpendicular hácia abajo: si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hácia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguia perpendicularmente hácia arriba; de modo que en la parte superior de la tela, no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda, ni subian por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es facil conocer á primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas, era imperfecto, embrollado y equívoco; mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acacimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilizacion, si no hubiera sido de tan breve duracion su imperio, ó á lo ménos, habrian abreviado considerablemente, y facilitado su escritura, con la multiplicacion de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos ó apoyos de la tradicion. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruir á sus hijos y discípulos en la historia nacional. Les hacian aprender las arengas y discursos que no podian espresar con el pincel; ponian en verso los sucesos de sus antepasados, y les enseñaban á cantarlos. Esta tradicion aclaraba las dudas, y evitaba las equivocaciones que podrian ocasionar las pinturas; y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.



Ni solamente se servian aquellos pueblos de la tradicion, de las pinturas y de los cánticos, para conservar la memoria de los sucesos; sino tambien de hilos de diversos colores, y diferentemente anudados, llamados *xuipu* por los peruanos, y por los Mexicanos *nepohualtzitzin*. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anáhuac, sino en los siglos mas remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos remotos monumentos. Boturini dice que despues de la mas diligente investigacion, apenas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala; pero los hilos estaban gastados, y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América Meridional pasaron á Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco á poco fué abandonado, por la pintura que introdujeron los Toltecas, ó quizás otra nacion mas antigua.

Despues que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles Mexicanos, Texcocanos y Tlaxcaltecas, escribieron sus historias, parte en español, y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aun en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.

ESCULTURA.

Mas felices que en la pintura fueron los Mexicanos en la escultura, en la fundicion y en el mosaico; y mejor espresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata y con las plumas, las imágenes de sus héroes, ó las obras de la naturaleza, que en el lienzo ó en el papel: bien fuese porque la mayor dificultad de aquellos trabajos escitaba mas su aplicacion y su diligencia, ó porque el sumo aprecio que de ellos hacian los pueblos, despertaba su ingenio, y aguijoneaba su industria.

La escultura fué una de las artes conocidas y practicadas por los antiguos Toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estatuas de piedra, trabajadas por los artistas de aquella nacion, como

el ídolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los Chichimecas y los Acolhuas, y las estatuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los Mexicanos tenian ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan; pues sabemos que en aquella época hicieron el ídolo de Huitzilopochtli, que llevaron consigo en su larga peregrinacion.

Sus estatuas eran por lo comun de piedra ó de madera. Trabajaban la primera sin hierro ni acero, ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades, y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos; pero lo conseguian en despecho de la imperfeccion de los medios que empleaban. Sabian espresar en sus estatuas todas las actitudes y posturas de que es capaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo, cuando era preciso, las labores mas menudas y delicadas. No solo hacian estatuas enteras, sino que esculpian en la piedra figuras de bajo relieve, como los retratos de Moteuczoma II y de un hijo suyo, que se veian en una piedra del monte Chapultepec, citados y celebrados por el P. Acosta. Formaban tambien estatuas de barro y madera, sirviéndose para estas de un utensilio de cobre. El número increíble de sus estatuas se puede inferir por el de los ídolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México, y de los primeros predicadores del Evangelio; pues por no dejar á los neófitos ningun incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los Mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México, se componian de fragmentos de ídolos; y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el dia, aun despues de la mas laboriosa investigacion. La conducta de aquellos buenos religiosos fué sumante loa-

ble, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de estas, en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.

FUNDICION.

Los Mexicanos tenian en mas precio los trabajos de fundicion, que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuanto por la escelencia del trabajo mismo. No serian verosímiles las maravillas que hacian en aquel arte, si ademas del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades á muchas partes de Europa. Los trabajos de oro y plata enviados de regalo á Carlos V por Cortés, llenaron de admiracion á los artíficos europeos, los cuales, como aseguran muchos escritores de aquel tiempo (1), declararon que eran realmente inimitables. Hacian los fundidores mexicanos, con plata y oro, las imágenes mas perfectas de los objetos naturales. Fundian de una vez un pez, que tenia las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono con la cabeza y con los piés movibles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacian joyas curiosísimas y de gran valor. Finalmente, tan preciosas eran aquellas alhajas, que aun los mismos soldados españoles, á pesar de la sed de oro que los devoraba, preferian en ellas el trabajo á la materia. Esta arte maravillosa, ejercitada ya por los Toltecas, que atribuian su invencion ó su perfeccion al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los indios, y por descuido de los españoles. No sé que queden restos de

[1] Véase particularmente lo que de estos trabajos dice el historiador Gomara, el cual los tuvo en sus manos, y oyó lo que de ellos opinaban los plateros sevillanos.

aquellas preciosas labores: á lo ménos mas fácil será hallarlas en algun gabinete de Europa, que en toda la Nueva-España. La curiosidad cedió á la codicia, y la belleza de la ejecucion fué sacrificada al valor de la materia.

Tambien se servian del martillo para la elaboracion de los metales; pero no sobresalian en esta clase de obras como en las fundidas, ni podian compararse con las de los artífices de Europa, por no tener otro instrumento que la piedra. Con todo, se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los españoles elogiaron sus escudos y sus picas. Los fundidores y los plateros de México formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particular á Xipe, su dios protector, y en su honor hacian una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

MOSAICO.

Pero nada tenian en tan alta estima los Mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacian con las plumas mas delicadas y hermosas de los pájaros. Para esto criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no solo en los palacios de los reyes, donde mantenian, como ya hemos dicho, toda clase de animales, sino tambien en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, ó para venderlas en el mercado. Preferian las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llaman *huitzitzilin*, y los españoles *picaflores*, tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de colores. En estos y otros lindos animales, les habia suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que él no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artífices, y despues de haber hecho el dibujo, tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicacion y paciencia, que solia estarse un dia entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente mu-



chas, y observando cual de ellas se acomodaba mejor á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunian todos para juntarlas, y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfeccion, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tzahutli*, ó con otra sustancia glutinosa: despues unian todas las partes sobre una tabla, ó sobre una lámina de cobre, y las pulian suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecia hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era mas admirable la viveza del colorido, ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposicion del arte. “Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas: siendo cosa maravillosa, cómo podian hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados, que parecian hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veia. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diurno: su alteza las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre; y habiéndolas considerado su magestad, dijo que jamas habia visto en tan pequeñas figuras, trabajo mas escelente. Habiéndose tambien presentado al papa Sisto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabian distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construida. La union que hace el verde con

el naranjado ó dorado, y otros varios colores, es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz, los mismos colores parecen amortiguados.” Los Mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en mas que el oro. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones (1). Poco tiempo ha vivia en Pátzeuaro, capital del reino de Michuacan, donde mas que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, ó estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfeccion que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa, y muchos en México; pero pocos, segun creo, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior á la conquista. Tambien hacian un mosaico de conchillas, que hasta nuestros dias se ha conservado en Guatemala.

A imitacion de aquellos eminentes artistas, habia otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Despues de la propagacion del Evangelio, los hacian para adornos de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española, por la singular belleza de su artificio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningun modo á las de los antiguos.

[1] Juan Lorenzo de Anagnia, docto italiano del siglo XV, hablando en su *Cosmografía* de estas imágenes de los Mexicanos, dice: “Entre otras me ha causado gran admiracion un San Gerónimo con su crucifijo y un leon, que me enseñó la señora Diana Loreda, tan notable por la hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos.”

ARQUITECTURA DOMESTICA.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podia carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida y practicada por los habitantes del pais de Anáhuac, á lo ménos desde la época de los Toltecas. Los Chichimecas, sus sucesores, los Acolhuas, y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la república de Tlaxcala, y de las otras provincias, escepto los Otomites, fabricaron casas, y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Mexicanos llegaron á aquellos paises, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que ántes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios, en los puntos donde se detenian algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, á las orillas del rio Gila, en la Pimería, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos despues á la mayor miseria en las orillas del lago texcocano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios: hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar, y no ménos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy comun en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes; ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen ademas en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solia ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, ademas del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solia ahorrarles algun gasto y

trabajo. Ordinariamente estas casas no tenian mas que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residian la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, habia otras dos ó tres piezas, un *ayauhcalli*, ú oratorio, un *temazcalli*, ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal: tenian dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado, y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de léjos, los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas estaban coronadas de almenas; tenian torres, y á veces un jardin con estanque, y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenian por lo comun dos entradas: la principal que daba á la calle, y otra al canal. En ellas no tenian puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrian la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendian algunos pedazos de vasija, ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, ó la urbanidad, ó el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba, y prontamente se le despedia.

Supieron los Mexicanos fabricar arcos y bóvedas (1), como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del pa-

[1] Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los Mexicanos, asombrados, no querian entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algun temor, no fué seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construccion, y que probablemente seria nueva para ellos.